

El Uruguay internacional. La visión de Carlos Real de Azúa¹

Hoy cerramos el ciclo de conferencias y encuentros que nos ha recordado a Carlos Real de Azúa. Creo que estaba en el ánimo de quienes auspiciaron este ciclo, un relanzamiento. O mejor, un rescate que no es sólo de un intelectual, sino de un “vínculo” entre lo que se pensó en los años sesenta y lo que tenemos que recomenzar a pensar hoy, luego del gran vacío de pensamiento que significó la dictadura del 73 al 85. Es imposible que el país enfrente los desafíos que tiene sin asumir su continuidad histórica y, sin duda, Real de Azúa es una de las más altas expresiones intelectuales del Uruguay de los años 50 y 60. Así, Real es un excelente “pontífice”, es decir, un intermediario, un “puente”. Pontífice es puente. Un pontífice sobre un gran corte generacional que existe en el país y que nos es indispensable superar. Es posible que la conciencia histórica de las nuevas generaciones, sólo pueda constituirse críticamente por “mediación” de Carlos Real de Azúa.

Elegimos la perspectiva del “Uruguay Internacional”. En Real de Azúa éste no parece ser un tema explícitamente esencial. Tiene pocos textos directamente vinculados a la política internacional del Uruguay. Sin embargo, en otro sentido, se podría decir que toda la obra de Real de Azúa, desde su primera juventud, es una meditación incesante sobre el Uruguay y su destino histórico y que toma así lo “internacional”. Lo internacional no es sólo lo internacional, está englobado por la vida total, del país. Lo internacional es más que lo internacional, también es vida interna del país. Y viceversa.

Querría ubicar la situación desde donde Real comienza a pensar al país, para después tomar como centro un vasto artículo que Real hizo explícitamente sobre el Uruguay Internacional, que se titula “Política Internacional e Ideologías en el Uruguay” que se publicó en el veinte aniversario de Marcha, en su número 996, del 3 de julio de 1959. Es uno de los pocos exámenes globales que se han hecho de nuestra política internacional, centrada en dos décadas muy importantes. Ese va a ser el gozne de nuestra reflexión de hoy.

Sin embargo, para que se comprenda bien ese gozne, es indispensable una somera caracterización del pensamiento de Real en su propio contexto histórico para percibir las corrientes que en él confluyen, aún y en cierto sentido busca superar. Para esto tomo como guía a dos autores en los que Real puso especial atención.

Uno es José Enrique Rodó. La primera aparición intelectual de Real en el año 1936 es en un concurso sobre “el arielismo”. Y el tema de Rodó le acompañará toda su vida. Uno de sus últimos ensayos será una introducción para la publicación en Venezuela de la Biblioteca Ayacucho de “Ariel” y “Motivos de Proteo” (1976). El otro autor es Luis Alberto de Herrera, a quien Real de Azúa también dedicó los dos estudios más profundos que se hayan escrito hasta hoy sobre este político, que fue también un gran intelectual, un tanto informal, pero medular en la comprensión del Uruguay histórico. Real daba al término “intelectual” no un sentido académico o profesoral, sino más universal, más simple y quizá más difícil. Para él, intelectual era el que veía el otro rostro, la otra cara de la moneda. Era el que tenía la vocación de la inteligencia, que es el pasaje

¹ Conferencia del Prof. Alberto Methol Ferré. Julio 27 de 1987 – Instituto Artigas del Servicio Exterior.

del aparecer al ser, de la apariencia a lo sustantivo. No contentarse con lo que se dice o aparece, sino interrogarse siempre sobre el revés del acontecer. Aquél que está preocupado por el revés del acontecer, ese es un intelectual nato, esté donde esté. Y fue en ese sentido que Real intentó comprender” al Uruguay y para eso tuvo en Rodó y Herrera dos referentes imprescindibles.

Empezaremos por Rodó y continuaremos con Herrera.

Rodó nos va a mostrar el modo de inserción de Real en el proceso del conjunto de América Latina, en la inteligencia latinoamericana. Herrera nos va a prestar una ayuda preciosa para comprender a Real en su relación con el Uruguay mismo. Rodó y Herrera pertenecen ambos a la generación del 900. Nacen el uno en 1871 y el otro en 1873. Es la generación de los “mayores” de Real, así como él ahora es de “los mayores” respecto de la juventud actual.

Para la gran poetisa chilena Gabriela Mistral, el “hispanoamericanismo” nace con Rodó. Es verdad. Fue su primera gran eclosión. La preparó Martí, pero la lanzó Rodó.

En la Independencia había sido la última gran generación hispanoamericana: Bolívar, San Martín, Artigas, etc., que no actuaron en los Estados latinoamericanos tal como son hoy, sino en función de los espacios mucho más amplios de América Latina, tenían “un mundo hispanoamericano” infinitamente más unificado que el nuestro, a pesar de nuestros más poderosos medios de comunicación. Pero los medios de comunicación dependen más de la política, que ésta de los medios de comunicación, aunque es obvio se impliquen. De hecho estamos mucho más aislados que los libertadores respecto del conjunto de América Latina, a inicios del siglo XIX. Luego cada república quedó aislada de las otras y referidas a los centros metropolitanos europeos pero sin vínculos entre sí. Y será la generación del 900 en el orden literario, desde el ápice del “cosmopolitismo” finisecular, la que va a retomar la conciencia latinoamericana o hispanoamericanista. Y la nota decisiva fue el Ariel, exactamente en el año 1900. Nota que marcó un gran viraje. Hoy nuestros oídos no son sensibles a esa nota del Ariel, pero la verdad es que inició una nueva sinfonía. Primero en el orden de los literatos, los artistas, los poetas, se suscitó una verdadera conmoción en el conjunto de América Latina y dio una primera consistencia a la conciencia de unidad latinoamericana en el interior de cada país, de cada Estado separado. Rodó es también uno de los que comienza a reivindicar la estatura latinoamericana de Simón Bolívar. Y en su ensayo “Bolívar” de 1911, sostiene que América Latina es una nación inconclusa, que no ha realizado todavía su unidad nacional, y que esa es la tarea necesaria y grandiosa. Es así que compara la situación de América Latina con Italia. Italia se había unificado hacía cuarenta años, era algo muy vivo en aquella época. La tesis vendría a ser “Así como Italia estuvo dividida en múltiples Estados siendo una nación virtual, nosotros también somos una multiplicidad de Estados en una unidad nacional que debemos realizar”

Para eso hay múltiples caminos y formas. Este pensamiento, que Rodó formula con límpida claridad -a la que todavía no han llegado muchos que le menosprecian- va a repercutir en la formación de la gran generación latinoamericana de los años veinte y treinta. Aquí me detengo, porque es la generación en la que se va a formar Real de Azúa. Es la generación de Vasconcelos, Ugarte, Haya de la Torre, etc. Una gran generación nacional latinoamericana. Son los que hacen el primer gran intento de pensar a América Latina desde sus raíces, más allá de la disgregación. En el siglo XIX, luego de la Independencia, el pensamiento liberal latinoamericano intentó pensar su realidad desde los modelos metropolitanos. Eso es desde el modelo anglosajón o el francés,

y desde allí se medía hasta qué punto nuestra realidad les correspondía o no, y se la intentaba conducir a ser en función de esos modelos metropolitanos. Por el contrario, la generación de los años veinte y treinta va a realizar el esfuerzo de pensar nuestra realidad, desde nosotros mismos, desde las raíces. En Brasil también pasa lo mismo y Buarque de Holanda escribe "Raíces de Brasil". Se parte de las raíces y no de la ejemplaridad metropolitana. Y esa generación nacional se va a polarizar dentro de sí, en un polo "indoamericano" y otro polo "hispanoamericano". Va a nacer una bipolaridad generacional hispanoamericana o indoamericana, con una gama de posiciones intermedias. Real de Azúa pertenece al polo "Hispanoamericano" bajo la influencia de Unamuno y Maeztu, de Ortega y D'Ors. Pues era también la reaparición de la influencia de España en aquel tiempo latinoamericano.

El jurado del concurso al que se presentó el joven Real era como una síntesis de aquel momento histórico. El mexicano Alfonso Reyes, clásico arielista; el español Federico de Onís, discípulo de Unamuno; el dominicano Henríquez Ureña y Torres Rioseco, historiadores de la cultura y la literatura latinoamericana. Esta generación latinoamericanista tuvo su correspondencia uruguaya en Carlos Quijano, Torres García, Zum Felde, Emilio Oribe, Gil Salguero, Servando Cuadro, Esther de Cáceres y otros.

Pero había un gran "desfasaje", un "clivaje" diría Real. Y es que ese hispanoamericanismo que nace en el Uruguay es ajeno a la vida concreta del Uruguay. Es como un lujo, un ensueño. En el momento en que Rodó proclama la unidad bolivariana, como reacción a la irrupción del gran poder norteamericano en la guerra de Cuba de 1898, en ese mismo tiempo el Uruguay se asentaba, se consolida en la prosperidad de los excedentes agrarios, los frigoríficos y una gran democratización. Entonces la vertiente hispanoamericanista quedaba recluida en círculos literarios o pasaba a las sucesivas estudiantinas... que luego olvidaban sus "ideales" pues no entraban en las rutinas normales. Es el Uruguay inserto en la "Pax Britannica". Y es desde esta dimensión realista, vigente, que ese Uruguay va a ser pensado en profundidad por Luis Alberto de Herrera en su obra "El Uruguay Internacional" de 1912.

Por aquellos años había sido la mayor crisis de las relaciones uruguayo-argentinas por los límites del Río de la Plata y Herrera estaba todavía irritado con Argentina cuando escribe este libro. Es una obra muy interesante por la tesis central, que permite entender toda la política internacional de Herrera. Herrera, hijo del último canciller del último gobierno blanco en el siglo XIX, era hijo de un Uruguay extremadamente incierto. En su familia, desde su infancia, había mamado la gran incertidumbre de destino del país. Este había nacido como frontera incierta, tan borrosa como tensa, oscilante entre Banda Oriental y Provincia Cisplatina. Desde la independencia, la incertidumbre no había terminado. Hubo opciones múltiples, variables, intentos de anexionismo, intento de neutralización, de neutralización perpetua con la garantía de las grandes potencias. La intervención inglesa en 1828, en el origen del Estado, la Guerra Grande y la Triple Alianza son jalones esenciales en la autoconciencia histórica de Herrera. Tenía aguda conciencia de la fragilidad del país. Siente lo que llama "esa gran congoja" íntima, que acompañó a toda una serie de uruguayos preocupados por la suerte de este pequeño rincón. "¿Perduraría la obra?" se pregunta. El Uruguay podía ser o no ser, y sólo en la época del coronel Latorre se pone fin, en el Ateneo, a la última discusión de si era útil o no anexionarnos a Argentina. Y Angel Floro Costa escribe su famoso "Nirvana" con el pensamiento que el Uruguay solo es imposible, que se condena a la nadería histórica. Pero ocurre justamente todo lo

contrario, y en el 900 el Uruguay está consolidado, diferenciado, sólido, separado del contexto argentino y brasilero. En paz. ¡Qué bendición! Así Herrera enuncia su regla de oro: “Ni con Brasil ni con la Argentina, dice la divisa de nuestro localismo; pero completándola, procede agregar: ni contra uno, ni contra otra”.

Esas eran las condiciones simultáneas de nuestra paz y de nuestra supervivencia. Por eso Herrera miraba con la mayor angustia una historia “con” Argentina y Brasil. Al insertarnos firmemente en la Paz Británica nos habíamos separado rotundamente de toda mixturación en la Cuenca del Río de la Plata. Nuestros partidos ya no se implicaban y complicaban con partidos argentinos y brasileros, no éramos arrastrados por sus conflictos. Ahora estábamos deslindados de la Cuenca. En las condiciones de nuestra sobrevivencia estaba el deslindarnos básicamente de nuestro “contorno” y mantener la concordia interna. Un país tan débil, tan frágil, necesita para existir “la concordia, piedra angular” sin la cual todo se desmorona. La guerra civil es exponerse a que decidan sobre el país otras potencias, y no nosotros. Es perder la regulación posible de nuestro destino. Herrera era hijo muy consciente de ese “Uruguay-Líbano” que corre entre 1810 y 1875. Ese horror a la “libanización” del Uruguay es experiencia fundamental de Herrera para su visión internacional. Y de ahí su preocupación por la “concordia” por salvar los “estratos de la concordia”, que Real de Azúa también percibía como condición de toda posible política nacional.

Ahora bien, la situación de que parte Real es justamente el comienzo de la ruptura de las condiciones que permitían el estar uruguayo “externo a la Cuenca del Río de la Plata”, separado y hacia afuera. Comenzaba el desfonde de nuestra Pax Britannica. El mismo Real en su primer libro “España de cerca y de lejos” (1943), en una nota cuenta que más jovencito, o sea segunda mitad de los años treinta, algunos grupos pensaban en la necesidad de una “federación” con la Argentina. ¿Por qué renacían viejas preocupaciones, al parecer descartadas para siempre? ¿Por qué reaparecían en los años 30?

En los años 30 comienza la retirada general del Imperio inglés de América del Sur: son los Pactos de Otawa, la formación del Commonwealth y su sistema de preferencias proteccionistas. Los ingleses se retiran del Río de la Plata y un nuevo destino empieza a asomar. Esto culminará en la década del 40 al 50, con la Guerra Mundial, la consolidación del Panamericanismo y la inmediata post-guerra que consumará esa retirada inglesa. La vida intelectual de Real de Azúa se despliega en el momento que el Uruguay, aun sin saberlo, vuelve lentamente a ser frontera americana. La mayoría del país no se dio cuenta, y aun con el sufrimiento de las consecuencias de ese gigantesco cambio en sus condiciones de posibilidad históricas, como fue por ejemplo la reciente dictadura militar, todavía hay muchos que se empeñan en no darse cuenta. Por lo menos, no se asume francamente. Y aquí llegamos a nuestro gozne, el ensayo de Real de Azúa sobre “Ideologías y política internacional” uruguayo de 1959. Un gran ensayo, incisivo, por momentos ácido, un duro enjuiciamiento, pero profundo y esencial, más allá algunas valoraciones acerbas. Nos detendremos en su contraposición esencial. El ensayo de Real es mucho más rico y complejo, pero puede reducirse al conflicto de “dos corrientes” fundamentales en relación al significado de nuestra política internacional. “Fueron esas corrientes las que más allá de una ideología definida, dictaron u objetaron esas actitudes; son esas corrientes las que las hacen inteligibles, significativas, materia histórica en fin”. Las citas de Real que siguen, un poco extensas, permiten esbozar esas corrientes cuya lucha más intensa

se desplegó desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial hasta la Guerra de Corea, O sea la década de los 40 hasta la apertura de los 50.

La corriente hegemónica, dominante entonces, Real de Azúa la caracteriza así:

“Para ella la hechura de lo histórico es la racionalidad universal y la forma eminente de actuación de esa racionalidad es la “ideología”. Todo lo que viene del pasado, todo lo que sobrenada en el presente en términos de contrastes, afinidades o, intereses no investidos de su imaginaria universalidad es simplemente materia blanda que el mordiente ideológico debe eliminar. Es indiferente que esa materia sea la de afinidades históricas, geográficas o económicas, contrastes del mismo orden, apego a la propia entidad, intereses contrapuestos, simpatías o adversidad de orígenes, lazos de vecindad.

“...la democracia fue convertida en una filosofía de la vida capaz de integrar religiones y culturas en los moldes de una síntesis definitiva. La nacionalidad abandonó como incómodo su lastre concreto de tierras, y tiempo y destinos de seres vivos y concretos y se identificó con “la idea”~ con la Democracia, sin más ni más”.

“Como la ideología apostólica vive desde el presente hasta su encarnación en el futuro, todo lo que surgió del pasado fue pasado por alto. La solidaridad rioplatense, por ejemplo. Los orígenes hispano-latinos... La peripecia común de naciones hispanoamericanas y su condición de objetos seculares de un proceso de expansión imperialista protagonizado por las mismas naciones cuyo triunfo identificaba con el auge de la ideología. “

La corriente contrapuesta, minoritaria, que Real califica así de “corriente resistente” es también, en cierto sentido otra “ideología”. “Con todo, si una ideología fuera, también su tinte anti-ideológico fue inequívoco. Porque es el caso que, enfrentada con la homogeneización doctrinal que los años de la Guerra aparejaron, la primera reacción de esa posición fue un instintivo descreer en las ideologías o, por lo menos, afirmar su relativismo... “

“Cuando se descrea en las ideologías y en este caso en la ideología demoliberal con todas sus contingencias, es porque se descrea en las ideas como instrumento racional de decidir de los sucesos y de ordenar el rumbo de la historia... Se vio pues en la ideología democrática incondicionado la máscara de la voluntad de poder, la decorada coonestación de intereses nacionales empeñados en una lucha a muerte por su supervivencia.””

“... compensando esta descreencia en las ideologías, la posición resistente reclamó la primacía de lo tangible, de lo propio, de lo probado, de lo próximo. De la Historia, de la Geografía, de la Economía y hasta de la Biología. Sostuvo el “egoísmo sagrado” de la propia entidad nacional, la primacía de los concretos intereses uruguayos. Afirmó el valor de las afinidades de raza, de origen, de situación geográfica, de vecindad, de estilo de vida. Creyó que las situaciones de preeminencia y de subordinación que vienen de la entraña histórica no se borran con palabras ni con promesas, que las constricciones de una conciencia nacional inquieta, los apremios del peligro y los artilugios de la propaganda puedan suscitar.

“Este conjunto de determinaciones configuró para esta posición lo que puede llamarse “la permanente”, las líneas firmes de un contorno nacional nada fácil de cambiar. “Cada actitud

uruguaya debía sopesar para ella las exigencias de ese contorno y contrastarlas con aquello que pudiera no pasar de ser pura alienación, novelería”.

“En términos nuestros, defendió entonces la solidaridad nacional del Río de la Plata, de lejano abolengo artiguista, la identidad del destino sudamericano, los vínculos raciales e históricos de lo hispánico y lo continental, la persistencia de los impulsos hegemónicos de los imperialismos y muy especialmente del estadounidense”.

“Su descreencia en las ideologías le hizo hostil a todo el maniqueísmo reinante, a toda discriminación mundial, continental o regional en buenos y malos, justos y réprobos, absueltos y condenados. Se negó entonces a una división de pueblos y de gobiernos de acuerdo a tales categorías, resistiendo con todas sus fuerzas las tentativas de intervención que ya por vía directa, ya por la del “no-reconocimiento” fueron lanzadas.”

Este enfoque de Real de Azúa está en las antípodas del que hizo Enrique Arocena, para esa misma época, en su reciente libro “Evolución y Apogeo de la Diplomacia Uruguaya 1828-1948” (1984). Las dos corrientes, la “hegemónico” y la “resistente” son valoradas de modo inverso. Lo que para uno es “apogeo”, para el otro fue extravío por desproporción.

El pensamiento de Real discierne con delicada precisión. La corriente dominante es aquella que suponía que la historia era fundamentalmente historia de las ideas. Que las ideas hacían la historia y que la historia se juzgaba en función de las ideas. Por consecuencia, la dicotomía central era democracia y totalitarismo. Las ideas liberales democráticas contra las ideas totalitarias. Este pensamiento sólo podía darse en un Uruguay que había ultimado su ajenidad a su contorno americano y tenía, a pesar de todo, una gran seguridad económica, tenía una solidez en su aislamiento del conjunto latinoamericano. Entonces se podía dar el lujo bizantino de pensar que la historia era ante todo historia de las ideas y su solidaridad era por ideas. La corriente resistente, que era la de Herrera, sospecha de la primacía de las ideas. Las ideas encubren otra cosa que las ideas. Las ideas más lindas dependen de quien las maneje. Y si uno es león y otro perrito, es bueno que el perrito sospeche de las ideas del león. Las ideas no dicen siempre lo que las cosas son. Pero no hay sólo sospecha ideológica, sino también afinamiento en las solidaridades primarias, la patria chica, los vínculos con Argentina y Brasil, con la Cuenta del Río de la Plata, con lo hispanoamericano.

Fue en aquel tiempo la victoria de una política internacional uruguaya optimísticamente ideológica, sin darse cuenta que se estaba sirviendo a fuerzas que no eran transparentes puramente con su ideología. Por eso marca Real la importancia de la corriente resistente, aunque le señala que no se puede hacer una política internacional tan desprendida de las “ideas”. En toda política internacional, y más en la historia contemporánea, los Estados de algún modo están involucrados con ideas. Que no es tan sencillo delimitar la defensa del so-lar nativo, de los vínculos que son ideas históricas, separarlas tan rotundamente de las relaciones expresivas de los Estados y sus ideas. Finalmente, que la vida de toda particularidad es en relación con el universal, que la particularidad se ahoga sin el universal, y el universal se pierde en utopía, desgajado de la vida concreta de la particularidad. Es así, una dialéctica más sutil y difícil, que pretende aunar las exigencias válidas de las dos corrientes contrapuestas.

Ahora, piensa Real de Azúa en el 59, el Uruguay ha perdido esa inflación ideológica del momento excepcional de la Segunda Guerra Mundial y Corea y hay una cierta perplejidad ante el cambio general de la situación mundial, con el surgimiento entonces en sus albores del "Tercer Mundo", de los nuevos "no alineados", etc. Y más cerca de nosotros, la propuesta argentina de 1956 de un pacto del Atlántico Sur con Brasil y Uruguay, las nuevas conferencias económicas de Buenos Aires, etc. Todo esto, exige para Real de Azúa la nueva "búsqueda de una conducta", Exige generar una nueva política internacional para el país, dadas las nuevas condiciones que paulatinamente cambiaban el panorama en que se enfrentaron "las dos corrientes"

Este ensayo de Real de Azúa de 1959, el más sagaz que se haya escrito sobre nuestra política internacional, no tuvo continuación. La siguiente década del 60 es sumariamente juzgada por Real de Azúa en un ensayo de 1971, "Política, Poder y Partidos en el Uruguay de Hoy" (publicado en la obra colectiva "El Uruguay Hoy", Ed. Siglo XXI, México, 1971). Piensa allí que ha faltado una política internacional en el Uruguay, luego del paroxismo que estudió anteriormente. Ahora le parece ser "más borrosa aunque también más discreta", Es verdad, pero no suficiente. Pues en ese lapso se plantean muchos gérmenes para nuestro futuro, se van poniendo condiciones para esa "nueva conducta" que requería Real de Azúa, y que no capta adecuadamente, aunque se muevan en una lógica a la que el mismo Real apuntaba.

Veamos ese nuevo acontecer internacional, a nuestros ojos promisorio en su discreción. Ante todo, la resolución de uno de los problemas fundamentales del Uruguay, condición ineludible de toda vuelta hacia la Cuenca del Río de la Plata. Y es el haber terminado la indefinición de fronteras con Argentina. En los años 60 y comienzos del 70 Uruguay y Argentina definen con claridad, primero los límites en el río Uruguay, en función de la represa hidroeléctrica del Salto Grande; luego los límites del Río de la Plata. Un jalón histórico. Dejamos atrás aquella herida que tuvo ecos circunstanciales en 1912, en el "Uruguay Internacional" de Herrera. La comparación es útil para ver lo nuevo. En aquella obra de Herrera, sólo existía para nosotros el Río de la Plata, y el Atlántico Sur era sólo agua. Ahora comienza a aparecer cada vez más una conciencia que el Uruguay no está inserto solamente en el Río de la Plata, sino en el Atlántico Sur. Empieza a aparecer el Atlántico, hasta la Antártida, en la conciencia histórica del país. Empezó con la antes mencionada propuesta argentina del 56, luego con las operaciones Unitas y con la cuestión de las "doscientas millas" que habían iniciado Ecuador, Perú y Chile y que permiten al Uruguay penetrar en el océano abiertamente. Es un retomar el origen de posición clave en el Atlántico Sur. Nosotros, que, en tiempos de los Reinos de Indias habíamos sido una Cartagena del Atlántico, gran base naval meridional que alcanzaba al África, nos volvimos, desde la Independencia, ribereños. El océano quedaba, con las Malvinas, británico. Ahora es ya otra historia. El Uruguay recupera conciencia atlántica, ya no basta entrar en el río hasta la cintura. Ahora comienzan otras pesquerías. Es un síntoma que el primer libro que realza esta nueva dimensión es de 1973, cuando Leslie Crawford escribe "El Uruguay Atlántico y los Derechos sobre la Antártida". Arreglamos los límites, podemos ir más allá de los límites. Es una dilatación latinoamericana. Si nos dilatamos hacia el mar, también tenemos que dilatarnos, bajo otras modalidades, "tierra adentro".

Y aquí estamos en el otro punto. Bien señalaba el Sr. Ministro Iglesias, que una de las últimas preocupaciones de Real de Azúa fue el destino de los pequeños países. Quizás haya sido su último estudio. Un fragmento fue publicado bajo el título "Las pequeñas naciones y el estilo de

desarrollo constrictivo” (Revista de la Cepal No. 4, 1977). Es un estudio lleno de pesimismo. Creo que en Real, así como en su “España de cerca y de lejos” de 1943 reivindicaba el papel de los países pequeños, ahora se percibe una inmensa duda no sólo sobre los pequeños países en el mundo contemporáneo, sino incluso sobre el porvenir de América Latina (“El clivaje mundial eurocentro-periferia (1500-7900) y las áreas exceptuadas para una comparación con el caso latinoamericano”, Montevideo 1976). Sin duda, este clima respondía a la experiencia angustiosa de Real de Azúa por la situación obturada del Uruguay en los tiempos de la dictadura. Estaba afectado muy profundamente. Eso lo conocíamos bien, ya que en aquellos tiempos acostumbramos a encontrarnos con varios amigos -y aquí el contador Alberto Couriel lo puede recordar- todas las noches en la Puerta del Sol, en un paisaje que más parecía lunar, del 75 montevideano. Yeso, creo, pesó mucho en la visión postrera de Real. Siento que su muerte no fue ajena a aquella desolación.

Y aquí una última y muy personal reflexión final. La vida de Real de Azúa transcurrió -en cuanto a lo internacional- al fin de la inserción del Uruguay, del Río de la Plata, en la órbita de Gran Bretaña. Vivió la irrupción poderosa del Panamericanismo. Vio cómo el país ya no era “funcional” en ese nuevo mundo, donde era retenido por razones geopolíticas pero no económicas. Así, era la crisis del “desarrollo hacia afuera”. Volvíamos incluso a pesar nuestro, a ser frontera americana, es decir, rioplatense y latinoamericana. La vida de Real de Azúa es el recorrido de esa crisis, de esa transición hacia lo desconocido de nuestro país. De ahí la aguda conciencia y pasión histórica de Real de Azúa, la sensibilidad de sus antenas, su hondura barroca, que cala debajo de lo fácil y lineal vigente, lector del revés de la trama. ¿y qué hay entonces de esa “en búsqueda de una nueva conducta”?

Sé que fui compañero de Real de Azúa en muchas interrogaciones, en muchos vislumbres. Por eso no me parece fuera de lugar entreverarme aquí con Real. Estuvimos juntos en la diminuta aventura de “Nexo”, una brevísima revista que allá en el 55, creía en el nuevo papel americano del Uruguay como “nexo” entre Argentina y Brasil. Pienso que Real no meditó a fondo a Brasil, y que esa es una de sus carencias. Pero hoy, la búsqueda de una “nueva conducta” está a la vista. Se insinuó con el hilo frágil de “Urupabol” (Uruguay, Para-guay, Bolivia), y ahora toma consistencia con los grandes acuerdos de 1985 de Argentina, Brasil y Uruguay. El nuevo rumbo está a la vista. Empieza a estar a la vista. Es lo que no pudo alcanzar Carlos Real de Azúa. La muerte no lo dejó. Pero es lo principal de la lógica de la nueva conducta internacional que Carlos Real de Azúa pregonaba.

Así estamos en las antípodas del “Uruguay Internacional” de Herrera. Para Herrera, la gran cuestión fue separar bien al Uruguay de sus fronterizos. Nunca “contra”, siempre “solidarios”, pero nada de entrevero. Nada de ser profundamente “con” la Cuenca del Río de la Plata, “con” Argentina y Brasil. Allí veía todos los peligros. Allí veía un regreso a los tiempos revueltos del siglo XIX. Nada de eso. Por eso quería que la Cancillería del Uruguay inscribiera en su corazón la advertencia de Andrés Bello respecto a toda marcha “tierra adentro”, que tanto amaba, más allá de nuestras fronteras, “con” nuestros vecinos. La advertencia decía: “No es la solución que se aproxima, es el caos que se acerca”, Nosotros en “El Uruguay como problema” en las nuevas circunstancias históricas que advenían, nos despedimos de Herrera. Invertimos la sentencia. Para nosotros: “No es el caos que se aproxima, es la solución que se acerca”. El Uruguay insular está terminado, y sólo dolor y emigración puede generar. Ahora nuestra regla es “con Brasil y

con Argentina". No hay alternativa nacional que no sea esa. Para nosotros, eso es más allá de Herrera, pero pasando por Herrera. No sin llevar en el corazón su advertencia. Esa es la nueva conducta que amanece. Real de Azúa no alcanzó a ver el lucero del alba. Pero tuvo siempre, a pesar de desfallecimientos, su esperanza. No otra fue su vida. Aquel artículo del 59 terminaba: "Sólo importa aventurar que en este tocar tierra con los problemas concretos de Iberoamérica se encuentra, tal vez, el fin de la perplejidad que señalábamos".

Todo el áspero camino de Real de Azúa fue hacia un "nuevo Uruguay Internacional". Eso fue el guía oscuro de sus tanteos luminosos. Por eso él es hoy, más que nadie, sin pedantería -a la que era ajeno-, con llaneza, "pontífice", el puente entre las generaciones de ayer y las nuevas que hoy comienzan. ¿Qué podemos decir de Real? Que tuvo un gran amor por su país, por su historia y su gente. Un amor inteligente.